



LA PIEDRA DE TOQUE

MONTSERRAT DEL AMO



Primera edición: octubre de 1983

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

© Montserrat del Amo, 1983
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Luis Antonio, Cristina, Fernando.
Manolo, Encarni, Eugenio, Charo.
A las personas con discapacidad
que encontré visitando el Foro Romano,
una mañana de agosto,
cuando ya lo estaba escribiendo.
Y a sus jóvenes acompañantes.
A los profesores y alumnos
del María Montessori de Parla.
A ti y a mí,
para que la piedra de toque
nos confirme humanos.*

1

En la consulta del psiquiatra

LA ESPERA

- ¿Nombre?
- Carlos Alberto.
- ¿Apellidos?
- Fábregas y García del Val.
- ¿Edad?
- Dieciséis años.

Los datos son exactos, pero no vienen del propio interesado. Las respuestas de su madre, Margarita, siguen inmediatamente a las cuestiones que la enfermera solicita con voz clara, tono medio, pronunciación correcta, ritmo lento: conjunto de estudiada eficacia para relajar la tensión de la espera.

-Hasta diciembre no cumple los diecisiete. Va un año adelantado en los estudios con respecto a sus compañeros. Y siempre está, aun así, a la cabeza de la clase -añade Margarita, sin conceder una pausa a la improbable intervención de Carlos Alberto, que permanece en silencio, simulando una indiferencia que está muy lejos de sentir.

- ¿Coeficiente de inteligencia?

-Muy por encima de los cien. Ciento cuarenta dio su último test, en las pruebas del colegio para los que inician

el COU. Ciento cuarenta. No es que yo dé demasiada importancia a estas pruebas, pero en el departamento de psicología me dijeron que nunca habían valorado un test con tan elevada puntuación.

Saca del bolso unos papeles que justifiquen sus palabras, no vaya a creerse la enfermera que su pasión de madre exagera los hechos.

—Y no es de los que se duermen en los laureles —añade—. Es un buen estudiante.

Tres meses atrás. El salón. Domingo. Hora del café. Carlos Alberto, Jorge Manuel y José Mari presentan las notas del último trimestre. Drama familiar. El boletín de Carlos Alberto contiene cifras en baja vertiginosa. Pánico en la bolsa. El padre frunce el ceño. Margarita no puede creérselo. Aventura la posibilidad de un error. Los hermanos menores aguardan turno con el boletín abierto, desconcertados. La sólida meta inalcanzable se resquebraja. ¿Cómo estudiar, en adelante, sin el ejemplar modelo? ¿Cuánto, si falta la medida? ¿Para qué, sin el acicate de la imposible emulación? El tres y el cinco del mayor invalidan los desesperados notables de Jorge Manuel, amargo fruto de codos y despertador, y los altibajos de José Mari, al azar de la curiosidad o de la desgana del momento.

—Sus notas están siempre a la medida de su capacidad.

«Ya no. Incluso ahora, mamá elimina, borra, olvida, modifica. Ajusta la realidad a su medida. Ojalá yo pudiera».

—¿Hijo único?

—Tiene otros dos hermanos, también varones.

—¿Situación dentro de la familia?

—Es el mayor.

Tres meses atrás, menos un día. El despacho. Lunes por la noche. Ya tarde. Han terminado los programas de la televisión. Carlos Alberto, a solas con su padre. Se ha informado: no hay error. Espera que no se repita, siendo Carlos Alberto el mayor. La última palabra ya no es alabanza o estímulo, sino reproche. Resentimiento casi: el mayor.

«Como si me leyera la sentencia. Desde la cuna, condenado a ser alto, guapo, inteligente, amable, brillante, triunfador, bronceado, hábil..., y a serlo más que nadie. ¡Cómo me pesa la condena!».

—¿Deportes? ¿Aficiones?

—Desde niño practica asiduamente la natación y el baloncesto. El curso pasado formaba parte del equipo del colegio. Este año tiene que dedicar al estudio el tiempo de los entrenamientos y ha tenido que dejarlo. Ahora se interesa por el motociclismo.

Dos meses atrás. El salón. Viernes. Sobremesa de la cena. Un programa malo en la televisión. Presentación de notas de quincena. Siguen bajando las de Carlos Alberto. Las miradas de los padres se cruzan. Esto ya no es un percance: es un síntoma. El padre desarruga el ceño. Ensaya una sonrisa de portada de «Cómo hablar con sus hijos. Cien consejos para ganar la confianza de los jóvenes». Y exagera. Alegando una casualidad que se nota cuidadosamente prevista, saca de la cartera folletos de motocicletas de distintos usos y cilindradas, de las mejores marcas nacionales y extranjeras. Que Carlos Alberto los estudie y decida. Ya va siendo hora de que se independice de las idas y venidas de coches familiares. Una moto le permitiría incluso volver al equipo de baloncesto, al suprimir el tiempo perdido en los desplazamientos.

–Está muy ilusionado con la moto –añade Margarita.

«Ilusión. Ya no me queda. Pretenden distraer la angustia con una maquinita. Para mi primer dolor de hombre, un último juguete, el más caro. Es inútil. Yo no entro en el juego. No quiero. No puedo».

–Ha sido un regalo de su padre. Siempre ha sido su preferido.

Un mes y tres semanas. La finca. Sábado por la mañana. Llegan los cinco en el coche grande; papá al volante, como cuando eran pequeños. Hoy no se ha quedado en la ciudad retenido por el compromiso ineludible de una cena de negocios, como es ahora su costumbre. Da una vuelta entera a la explanada, despacio, para que puedan todos admirarla. Allí está, en el medio. Reluciente de rojos y níqueles, con el depósito lleno. De la sorpresa, Jorge Manuel y José Mari se alborotan. Carlos Alberto no ha aprendido aún a improvisar sonrisas de portada. Los padres, que le observan, ocultan su desilusión ante tamaña indiferencia.

–El primer fin de semana ya la controlaba. No le asustan los caminos de la sierra. En la ciudad la usa menos.

«Nada. Sacarla del garaje y aparcarla cerca, en una bocacalle de poco tráfico para que los de casa no la vean, y caminar calle abajo, y pasarme las horas por las calles del barrio de la ciudad vieja, donde no desentona mi tristeza».

–¿Enfermedades infantiles?

–Apenas si recuerdo... El sarampión, anginas todos los inviernos hasta que le operamos, alguna indigestión por comer a capricho fuera de casa. De esto ya hace tiempo. Siempre cosas ligeras, que se curan con dos días de cama. Nada de importancia.

–¿Últimamente?

–He traído el informe del reconocimiento médico del colegio. Juzgue usted misma. La radiografía, limpia. Bien de reflejos, 1,80 de estatura, 68 de peso...

Un mes atrás. La finca. Primer sábado de mayo. Mediodía. Un sol rabioso que parece desmentir el calendario. Jorge Manuel y José Mari se han llevado la moto. Carlos Alberto está tumbado boca arriba, al sol, al borde de la piscina. Ni baño ni paseo. Nada en toda la mañana. Como permanece con los ojos cerrados, su madre le observa con detenimiento, sin necesidad de ocultar su ansiedad. Está desmejorado. Es evidente. Se le marcan las costillas y tiene ojeras. Y, sobre todo, este modo de permanecer tumbado sobre la hierba en una inmovilidad que apunta al abandono. Margarita mueve la cabeza: como la moto no ha producido el efecto esperado, será necesario intentar otro tipo de tratamiento. Mañana mismo, en cuanto llegue, hablará con Carlos. Esta vez no transigirá con seguir esperando hasta ver lo que pasa. Ya se está viendo. Cada vez, peor.

–Me dijo el entrenador de baloncesto que tiene un cuerpo de atleta, perfecto en equilibrio, exacto de hueso y músculos. Muy bien desarrollado –añade Margarita.

«También Marián. Un cuerpo perfecto. Aún la veo saltando desde el trampolín, en pleno vuelo».

–Ha estado perfectamente durante todo el curso. Ni un día ha tenido que faltar al colegio.

Dos semanas atrás. El salón. Cualquiera día. Cualquiera hora. Jorge Manuel despilfarra codos y despertador sin obtener el resultado deseado, porque los boletines de notas ya

ni se miran para no comentar el de Carlos Alberto. José Mari se aprovecha y planea en los suspensos. Y de pronto papá se pone a hablar de un amigo de la infancia al que dejó de ver hace mucho tiempo y ha vuelto a encontrar hace unos días, convertido en un hombre importante, médico prestigioso, soltero, y tan simpático como siempre. Cuando papá le habló de su mujer y de sus hijos, él dijo que le gustaría conocerlos. Quedaron en que Margarita pasaría cualquier día de estos por la consulta para invitarle a cenar y concretar la fecha, cuando tuviera libre en su agenda, consultando con la enfermera, pues entre enfermos, congresos y conferencias, no tenía un momento libre. Margarita aceptó al instante, como si ya estuvieran previamente de acuerdo. Pero aún había más. Papá quería que la acompañase Carlos Alberto. No era necesario que fueran los pequeños. Ya los conocería en casa, cuando viniera. Podían ir a visitarle en su consulta, mañana mismo, hacia las siete, para que no perdiera clases Carlos Alberto. Mamá no tenía ningún compromiso. Unas compras, pero otro día las haría. Mañana, entonces. Papá da por terminado el asunto sin mencionar la especialidad de esa eminencia médica que de pronto tanto le interesaba: psiquiatra. Y los cinco se centran en la película.

–Lo que se dice una salud de hierro –insiste Margarita.

«¿Vale la frase? ¿Crece también la muerte con el hierro?».

La enfermera no rellena una ficha convencional, sino que envía los datos, tecleando, a un aparato sofisticado. Terminado el cuestionario, pulsa un botón que los hace aparecer, en verde brillante, sobre la pantalla. Comprobados, pasan después al ordenador y más tarde a la memoria electrónica, ya debidamente ordenados e interpretados.

A continuación, la enfermera les indica, pulsando el mando que abre una puerta en el corredor:

–Esperen en la salita. Enseguida los recibe el doctor.

Una vez solos, Margarita hace un gesto, aprobando el lujo discreto de la decoración. Está favorablemente impresionada por el montaje de la consulta, la profusión de mandos a distancia, el espesor de la moqueta, el uso de la electrónica, la eficacia de la enfermera y la comodidad de la salita particular que les permite esperar sin verse obligados a sufrir la presencia de otros enfermos.

–Mira, hasta tenemos televisión.

La enciende. Funciona en circuito cerrado, emitiendo un programa de ballet cuya música sedante ya los había envuelto desde su llegada.

Enfrente, un cuadro abstracto en grises y azules, cuya firma conoce Margarita:

–Es un Zulueta.

Aprecia el cuadro, considerándolo como un documento acreditativo del alto nivel social de su propietario, y se reafirma en su confianza: le parece de fiar un médico que tiene esas obras en la sala de espera. ¿Qué no tendrá en su despacho?

Carlos Alberto lo contempla y se acerca después a apreciar el tratamiento de los elementos pictóricos: arena, papel, un trozo de cuerda incorporado al cuadro, más arena... Hasta siente el deseo de palpar los materiales primarios. Pero su madre se lo impide:

–Siéntate y mira el programa. ¿Quién sabe? Pueden estar observándonos desde fuera. ¡Con tantos mandos a distancia y tanta electrónica!

Lo dice en voz baja, y cuando Carlos Alberto se sienta a su lado en el sofá, le mira sonriente, componiendo el gesto por si acaso los observan: la imagen de mujer segura de sí misma y de madre satisfecha. Pero se nota que la espera empieza a erosionar su tranquilidad.

Al cabo de un rato, aparece en la pantalla la imagen de la enfermera:

–Carlos Alberto Fábregas y García del Val. El doctor le espera en el despacho número cinco...

Apertura automática de la puerta de la salita y aviso luminoso en el despacho número cinco: «ENTRE».

Margarita hace pasar delante a su hijo, que se quedaba rezagado. Pero en la puerta del despacho número cinco no figura el apellido del hombre eminente, coleccionista de cuadros de firma, amigo de su marido. Pegado con celo-fán hay un papel escrito a mano donde se lee: «Fernando Méndez». Retrocede y la puerta se cierra automáticamente, sin ruido. Parece increíble, pero no hay más remedio que reconocerlo: en el tinglado de eficacia electrónica que los había acompañado desde su llegada, a un tiempo tranquilizador e impresionante, de pronto ha surgido un fallo.

Margarita va en busca de la enfermera, que teclea en sus aparatos y, sin levantar la cabeza, le dice con voz neutra:

–Espere en la salita, por favor.

–Perdone, señorita, pero...

¿Cómo decirle, sin ofenderla, que en la perfecta organización, por ella tan sabiamente manipulada, se había producido un error?

–... pero me temo que nos hemos confundido.

¿El plural en el que Margarita misma se incluye bastará para que la enfermera pueda admitir un error sin traumas?

Concreta:

–Nosotros hemos venido a ver al señor Deva y...

–Un momento, por favor.

Hasta que no aparecen en la pantalla letras verdes, no consigue que la atienda la enfermera.

–Dígame.

–He traído a mi hijo para que le vea el doctor Deva...

–El doctor Deva se encuentra en estos momentos en Nueva York leyendo una ponencia en un congreso internacional de psiquiatría.

–¡No puede ser! Nos había citado para hoy. Yo misma he telefonado para confirmar la hora de la consulta. ¿Cómo no me lo advirtió la telefonista? ¡Yo, que había conseguido traer a mi hijo sin alarmarle! ¡En fin! ¡Qué se le va a hacer! Dígame cuándo podemos volver a la consulta, lo más pronto posible. Ya comprendo que una confusión la tiene cualquiera.

–Cualquiera, puede, señora, pero nosotros, no. El señor Deva dejó indicado antes de su marcha que la cita sería atendida por el doctor Méndez.

Margarita busca inútilmente en su memoria. No recuerda haber oído mencionar ese nombre entre sus conocidos. ¿Qué garantías ofrece? ¿Qué falta de consideración por parte de Deva, confiar el hijo de un amigo a uno de sus ayudantes! Al más joven, al más inexperto. ¡Si ni siquiera ha tenido tiempo de encargarse una chapa de metal con su nombre para ponerla en la puerta!

La enfermera continuó:

–El doctor regresa el próximo viernes. Pero le advierto que no acostumbra a cambiar cuando asigna el caso a uno de sus ayudantes. Puede tener la seguridad de que habrá elegido al más capacitado para el caso. Su hijo será tratado por un especialista.

Lo peor es que Carlos Alberto lleva ya varios minutos hablando con el doctor. A Margarita le resulta violento entrar y sacarle, una vez iniciada la consulta.

–Está bien –se resigna al fin–. En ausencia del doctor Deva, y solo por esta vez, veremos al doctor... ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

–Don Fernando Méndez.

Margarita se dirige al despacho número cinco. Encuentra apagado el «ENTRE» y la puerta cerrada. Forcejea con la manilla, sin lograr abrirla.

La enfermera sale al pasillo para advertirle:

–Le indiqué que esperara en la salita, señora. Es costumbre del doctor Méndez hablar a solas con sus pacientes, sobre todo si son jóvenes.

A Margarita se le ha terminado la paciencia. ¡Ni que esto fuera un consultorio del seguro! Cuando se está dispuesto a pagar, se tiene derecho a otro tipo de atenciones. Está necesitando una lección esa enfermera.

Se yergue, ofendida:

–¡Ah, no! Eso sí que no. Primero habrá de recibirme a mí. Yo conozco a mi hijo. Carlos Alberto es un muchacho tímido, sensible. Se sentirá incómodo frente a un desconocido. Sobre todo si le presionan con demasiadas preguntas.

–El doctor Méndez está especializado... –empieza la enfermera.

Pero Margarita la interrumpe:

–Ya se lo dije. Yo esperaba encontrarme con Jaime Deva. Hubiera sido una conversación cordial, entre amigos. ¡Pero así todo es distinto! A mi lado se sentirá protegido. Una falta de tacto podría ser contraproducente, en el estado de ánimo en que se encuentra últimamente. Porque mi hijo está pasando una crisis. Nada importante, pero han bajado sus rendimientos escolares, y a la altura de curso en que nos encontramos... En esta situación, una situación violenta, un interrogatorio indiscreto...

–¡Señora! –protesta la enfermera–. El doctor sabe tratar a los pacientes.

–¡Mi hijo no es un paciente! Solo es un niño que está creciendo demasiado aprisa.

Margarita habla a borbotones, en un tono agudo, chirriante, que manifiesta al fin, con ocasión del cambio de médicos que la ha sorprendido y disgustado, todo el nerviosismo almacenado en la última temporada y hasta ahora a duras penas contenido.

–Yo sé lo que siente. Le comprendo muy bien. No es nada grave lo que le ocurre. Es su último año de colegio. Teme enfrentarse con el ambiente desconocido de la universidad: distintos métodos de estudio, nuevos compañeros... El cambio le acobarda y el temor no le deja tranquilo. Quizá le hayamos presionado demasiado. Yo siempre he sido muy exigente con sus notas. Pero él puede. No es como su hermano Jorge Manuel. Es muy capaz de abrirse camino por sí mismo. Yo he soñado para él un destino más libre, más personal, más brillante que el de la fábrica. No quiero que se encadene demasiado pronto a la empresa familiar. Jorge Manuel es otra cosa. Necesitará la sombra de su padre para salir adelante. Hay que ir encaminándole por el sendero trillado. ¡Pero Carlos Alberto! Hará lo que se proponga. Claro que también está lo de Marián. ¿Y voy a cruzarme de brazos, viendo cómo lo echa todo a rodar por una crisis sin importancia? ¡Ah, no! Aquí está su madre para asegurarse de que recibe un tratamiento adecuado.

La enfermera intenta aún controlar la situación.

–El doctor Méndez ha sido designado precisamente por su preparación, sin hablar de su experiencia y de su excepcional calidad humana. Puede usted estar tranquila, señora. Su hijo está en buenas manos.

Pero Margarita no se deja convencer.

–No voy a discutir sus méritos. Insisto, ¡exijo ser recibida por ese doctor inmediatamente!

Margarita forcejea en la manilla de la puerta, con nerviosismo creciente.

–Un momento, señora –dice la enfermera, indicándole la inutilidad de sus esfuerzos–. Pasaré aviso al doctor.

Regresa a la sala de electrónicos y comunica por el circuito cerrado de televisión.

–Doctor Méndez, perdone la interrupción. Pero la señora Fábregas...

–García del Val de Fábregas –rectifica Margarita.

–... insiste en ser recibida de inmediato. Desea saludarle, conocerle personalmente antes de que continúe la entrevista con su hijo.

La voz de la enfermera, antes emocionalmente tan aséptica, se carga ahora de ansiedad, como si quisiera transmitir al doctor, con tan inocuo aviso, una seria advertencia.

El «ENTRE» se enciende en rápida respuesta y la puerta cede. Entra Margarita en el despacho para salir al instante, ya no nerviosa, sino francamente alarmada. Manteniendo la puerta abierta, grita:

–¡Por favor, venga aquí! ¡Deprisa!

La enfermera, que se había quedado a la expectativa, acude a la llamada. Aún con la puerta entreabierta, Margarita cuchichea al oído de la enfermera unas frases con voz supuestamente contenida que se desentona en inflexiones histéricas. Termina con un:

–¡Saque usted de ahí a mi hijo inmediatamente!

–Cálmese, señora. La culpa ha sido mía. Pensé que usted lo sabía, que el doctor Deva les habría advertido... Le aseguro que don Fernando es muy competente. Ha conseguido grandes éxitos en casos parecidos al de su hijo.

–¡No hay casos parecidos a mi hijo! Carlos Alberto es un muchacho excepcional. ¿Aún no se ha enterado? ¡Y no pierda más tiempo con necias explicaciones! Le exijo que saque de ahí a mi hijo, sano y salvo, inmediatamente.

La excitación de Margarita va en aumento. Tanto que llega a preocupar a la enfermera.

–No hay motivo para ponerse así, señora. Le aseguro que...

–¡No asegure nada e intervenga de una vez! Usted sabrá lo que hay que hacer en un caso como este.

Al llegar a este punto, la enfermera se pierde.

–Pero, señora. ¿Qué le pasa? ¿Qué es lo que quiere que yo haga?

–¡Cómo! ¿Aún no se ha dado cuenta de lo que ocurre?
–insiste Margarita, dando un empujón a la puerta para que la enfermera pueda ver el interior del despacho–. ¿Todavía no lo ha visto? ¿Se le mete así la gente, de rondón, sin que usted se entere?

La enfermera está francamente desorientada. La excitación y el temor de Margarita rebasan toda explicación lógica.

–¿Qué dice, señora?

–Que ahí dentro, en el despacho, sentado en la mesa, no está el doctor ese, sino un enfermo, un perturbado, tal vez un loco peligroso. ¿Qué clase de control tienen ustedes? ¡Abandonar así a un muchacho sensible, en plena crisis emocional, a merced de un perturbado!

Margarita ya no logra contener el tono de su voz, que la excitación y la alarma agudizan. Seguro que se la oye claramente desde el interior del despacho.

–¡Más bajo! ¡Por favor!

–¿Eso es todo lo que se le ocurre? ¿Mandarme callar? ¿No sabe hacer otra cosa? ¿O es que no se atreve a intervenir? ¿Tan peligroso es?

–No es eso, señora –susurra la enfermera.

–Está bien –decide Margarita–. Yo misma entraré a sacarle. Pero sepa que exigiré responsabilidades por lo que está ocurriendo. Tendrá usted que responder de su conducta.

La enfermera trata aún de retenerla, pero Margarita se suelta de un tirón y entra en el despacho:

–¡Carlos Alberto, hijo mío!

Avanza unos pasos y se detiene, sorprendida por un silencio denso como un bloque de hielo que la aprisiona, impidiéndole el habla y el movimiento.

La escena es, en verdad, extraña. En la puerta está la enfermera, desolada y confusa. Carlos Alberto está sentado en una butaca y, al parecer, tranquilo. Y al otro lado de la mesa de despacho, en el asiento correspondiente al doc-

tor, se encuentra un tipo de edad indefinida, buena ropa, barba rubia y cuidada, ojos azules y brillantes, que se reuerce presa de temblores incontrolables de progresiva intensidad.

–¡Mamá! –exclama el chico, en tono indefinido.

Margarita interpreta la exclamación como una llamada de auxilio. Una llamarada de amor materno funde el hielo. Intenta controlar la situación.

–No te asustes, hijo mío. No va a pasarte nada –susurra, aproximándose lentamente hacia la butaca sin descuidar la vigilancia del tipo de la barba y los temblores, presunto suplantador del doctor Méndez–. Levántate y dirígete despacio hacia la puerta. No hagas movimientos bruscos. Puede ser peligroso.

Pero Carlos Alberto no se levanta. Mira a su madre con una expresión que va del estupor a la vergüenza.

Entretanto, el hombre trata inútilmente de controlar sus temblores. Se sujeta una mano entre las rodillas y se aferra con la otra al borde de la mesa mientras pronuncia algunas frases ininteligibles. Los nudillos de la mano izquierda se ponen blancos de la presión, pero los dedos se van resbalando sobre la pulida superficie del tablero y el brazo se le dispara de pronto en un brusco movimiento que lanza por los aires fichas y papeles.

Carlos Alberto se levanta y empieza a recogerlos.

–¿No me has oído? ¡Vamos! ¡Obedece! ¡Sal de aquí ahora mismo!

–Pero, ¡mamá! –repite desde el suelo, abochornado.

Al fin, la enfermera interviene. Se adelanta. Carraspea. Se asegura de haber recobrado el tono emocionalmente aséptico, rigurosamente profesional, que exige la circunstancia, y dice:

–Señora de Fábregas. Le presento a don Fernando Méndez, doctor en medicina, especialista en psiquiatría, cono-

cido investigador en el campo de las relaciones entre pensamiento, palabra y movimiento...

Margarita tarda unos instantes en asimilar la información. ¿Inteligente, médico y psiquiatra ese individuo? Cuesta trabajo creerlo. Lo peor es que ha tenido que oír sus palabras. ¡Que ella, siempre tan dueña de la situación, tan mujer de mundo, habituada a superar con exquisito tacto las más comprometidas incidencias de la vida social, haya cometido semejante torpeza!

Indiferente a las emociones que su actitud y sus palabras han suscitado en el ánimo del doctor Méndez, sin pensar ni siquiera en su propio hijo, tiembla bajo una abrumadora sensación de ridículo.

La enfermera continúa:

–Miembro destacado de la Comisión Nacional que prepara la Ley de Integración del Minusválido, doctor *honoris causa* por varias universidades extranjeras...

El doctor no consigue controlar sus movimientos. Emite unos sonidos confusos que la enfermera interpreta:

–Con parálisis cerebral.

Una pausa de silencio. Todavía los temblores se comunican a la mesa, sobre la que se acumulan carpetas, libros, fichas, aparatos, papeles, entre los que destaca, como fuera de sitio, un juguete exótico. Es una tortuga hecha con una cáscara de coco, de la que sobresalen la cabeza y las cuatro patitas de madera. Con cualquier movimiento, tan solo con un soplo de viento, la cabeza y las patas de la tortuga empiezan a moverse.

El doctor Méndez la mira sonriendo y, solo cuando los movimientos de la tortuguita se hacen imperceptibles, empieza a hablar.

–Encantado de conocerla, señora.

La voz se le aploma por momentos. Sin levantarse, le tiende la mano derecha, disimuladamente asegurada en

el codo por la izquierda, pero Margarita se empeña en ignorar el gesto.

–Ha sido un placer –murmura.

A la vista está que no. Otra frase desafortunada. Decididamente, la situación la sobrepasa. No logra controlarse y controlarla. Se siente molesta, y reacciona volviendo contra el doctor el disgusto y el sentimiento de ridículo que su propia torpeza le han provocado, disimulando su resquemor con alabanzas excesivas.

–Ha sido un verdadero placer –insiste– haber tenido la ocasión de conocer a una persona como usted que, superando graves dificultades, ha sido capaz de realizar estudios de tan alto nivel. Su caso constituye un verdadero ejemplo para la humanidad. ¿No ha salido usted nunca por la televisión? ¡Podría hacer mucho bien, sembrando la esperanza en tantas familias desesperadas! Porque yo, afortunadamente, no sé lo que es eso. Pero mi corazón de madre es capaz de comprender lo que sentirán los padres de un discapacitado. Si me permite usted un consejo..., debería usted dedicarse exclusivamente a los... a los parálíticos cerebrales; pobres, tan necesitados de ayuda. Sin salirse de su terreno, partiendo de su propia experiencia, conseguirá usted grandes éxitos. Se lo pronostico.

Carlos Alberto, todavía agachado y recogiendo fichas diseminadas por toda la habitación, intenta atajarla, abochornado:

–¡Mamá!

Pero Margarita se siente de nuevo segura y, olvidando sus desaciertos, continúa:

–Siempre se ha dicho que nada enseña tanto como la experiencia. Así que no la desaproveche. Deje otros campos a los que no tienen la suerte de conocer desde dentro la discapacidad. Solamente un subnormal...

–Discapacitado, mamá –corrige Carlos Alberto.

–¡Tanto da!... puede comprender al que sufre idénticas limitaciones. Su experiencia es un verdadero tesoro, pero no vale para tratar a personas normales. ¿Cómo podría usted comprender a un muchacho sano, fuerte, guapo e inteligente como mi hijo, por poner un ejemplo?

De nuevo, las fichas por el aire. Pero ahora es Carlos Alberto el que las lanza, al erguirse de un salto formidable desde la alfombra.

–¿Se ha fijado? ¡Qué agilidad, qué fuerza! ¡Un verdadero atleta!

Los ojos de Carlos Alberto relampaguean. Pero sin darle tiempo a intervenir, Margarita continúa.

–Ya conoce usted mi opinión. Habrá comprendido, por tanto...

El doctor Méndez la interrumpe, dando por terminada la cuestión.

–Sí, señora. Perfectamente.

Pero Margarita no se da por satisfecha. Todavía pretende quedar bien.

–Compréndalo, doctor. Ha sido todo tan inesperado... En fin. No quiero entretenerle más. Seguramente le estarán esperando sus pacientes...

Carlos Alberto protesta entre dientes:

–Yo quiero ser uno de sus pacientes.

Margarita disimula un gesto de impaciencia. ¿Va a provocar ahora Carlos Alberto otra escena? ¿Es que no ha habido bastantes esta tarde? Comenta, con una risita:

–¡Tú no eres paciente de nadie! ¡Qué ocurrencia! Pasábamos a saludar al doctor Deva, en plan de amigos. Eso es todo. Y como se encuentra ausente, en Nueva York... –Mientras habla, va retrocediendo hacia la puerta–. Otro día nos acercaremos. Y le repito lo dicho, doctor: estoy verdaderamente encantada de haberle conocido. Es admirable en su estado... Cuando se lo cuente a mis amigas... ¡Admirable!

Y después:

—¿Vamos, Carlos Alberto?

El muchacho tiembla. Se acerca a la mesa. Le tiende la mano al doctor, que, pillado de sorpresa, precisa de varios intentos hasta estrechársela, apretándosela después con excesiva fuerza. Sobre la mesa, la tortuguita tiembla.

2

En la consulta del psiquiatra

LA PRIMERA VISITA

No. No he vuelto para pedirle que me reciba ahora. No deseo que siga buceando dentro de mí con las preguntas que antes he ido dejando sin respuesta, mientras usted seguía tanteando en tinieblas. No sé cómo habría terminado nuestra anterior visita si mi madre no la hubiera interrumpido. Pero sí sé lo que deseo ahora. Ya se lo he dicho: no vengo a suplicarle que me ayude a resolver lo que mamá llama «mi problema». Ella solo se preocupa por mi porvenir, por las notas. El fondo real, ni lo sospecha. Y tampoco creo que usted pueda ayudarme. Porque no es solo mío. Y porque no hay escape. A todos nos alcanza.

No es que ya no me importe. Me importa. Y mucho. Me va en ello la vida. Y la de todos. Pero los otros lo ocultan, lo olvidan, lo silencian. Siguen viviendo. Evitando nombrarla.

Cuando murió mi abuelo, nos llevaron a la finca una semana. A la vuelta nos dijeron que el abuelito había salido a un largo viaje. Mamá iba de negro; entonces aún se gastaban los lutos. Siempre de negro. Le pregunté por qué. Me respondió que el negro era elegante y favorecía. Que era el color de moda de esa temporada, y que tenía prisa; para que no siguiera haciendo más preguntas.

Yo no había cumplido cinco años aún. Jorge Manuel no lo recuerda; se lo he preguntado. Pero yo sé que nadie dijo «muerte» delante de nosotros.

Siempre lo mismo. El canario muerto «se ha escapado». El perro de la finca, cabeza de la jauría, «se habrá perdido». Y la nena, la hermanita que no llegamos a conocer, «ha volado al cielo sin pisar la tierra, porque era un angelito». Siguen así de adultos. Al dar un pésame, preguntan «cómo fue» y no «cómo ha muerto».

¡Muerte, muerte, muerte! Antes yo no sabía... ¡Sí, claro! Naturalmente. Lo sabía. Pero ¿cómo explicarlo? En teoría. Como sé que Groenlandia está al norte de América del Norte y no me importa.

Fueron quedando atrás los cinco años y el color de moda. Pronto supe que se murieron el abuelo, el canario, el perro y la nena. Que la gente se muere. Que incluso yo me moriría. Creía saberlo. Pero ¡faltaba tanto tiempo!

La muerte era para mí algo lejano, externo: solo se mueren los viejos, los enfermos, los que usan coches de segunda mano con los neumáticos gastados, los que consumen alimentos que no ofrecen garantías... En resumen, los otros.

Pero ahora sé que puede caer fulminado en cinco días un joven de mi edad, de una pulmonía, una de esas enfermedades perfectamente conocidas, de las que se curan un noventa y nueve por ciento de los casos desde que Alexander Fleming descubrió la penicilina. Y que la muerte invalida el rayo láser, la bomba de cobalto, el quirófano y la posibilidad de llamar en consulta a una eminencia médica al otro lado del Atlántico.

Así ha muerto Marián, de pulmonía, a la vuelta de la estación de esquí donde habíamos pasado el año nuevo un grupo de amigos de toda la vida.

Mi madre me dijo que no fuera, que era una falta de tacto, casi una indiscreción. ¿Qué tenía que hacer yo en la